

PEDRO FRANCISCO BONÓ Y EL ESPACIO RURAL CIBAÑO*

Pedro Carreras Aguilera**

“Meditemos en las ideas de Bonó, para que nuestra dominicanidad se ennoblezca y acreciente. Que las reformas de hoy no sean tan solo mediante los métodos e ideas que nos llegan de fuera. Reformemos, trabajemos con las ideas de Espaillat y de Bonó.

Estas son las ideas de nosotros y para nosotros, alumbradas con el dolor de nuestro drama político.”

Emilio Rodríguez Demorizi

I
El *Listín Diario*, en edición correspondiente al 13 de septiembre del 1906, traía en primera plana: “San Francisco de Macorís, falleció en esta ciudad Pedro Francisco Bonó¹”. Con su deceso, desaparecía nuestro primer sociólogo, el conecedor del alma hon-

* Trabajo presentado en el IX Seminario sobre Historia Local: Pedro Francisco Bonó, a 100 años de su fallecimiento (9-9-2006).

** Ingeniero Agrónomo. Secretaría de Estado de Medio Ambiente y Recursos Naturales. Profesor de la Universidad Nordestana. Premio Historia y Geografía Regional 2000.

1 Emilio Rodríguez Demorizi refiere que: “los apellidos han sufrido continuas alteraciones al transplantarse de Europa a nuestra América... Luperón era Duperrón; Bonó era Bonneau; Demorizi era De Morisi... Zafra, Safras; Duvergé; Duverger; Delanoy, De La Noy”. En *Sinónimos Dominicanos*, Santo Domingo, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1969 nota no. 28

da del pueblo dominicano. El dominicano de mayor conocimiento para su época, de erudición profunda, con ideal patriótico bien acrisolado y el que más conocía el estado social del país. De él dijo Rufino Martínez, "fue el intelectual dominicano que tuvo más fe en la virtualidad de la sana y bien inspirada prédica para reformar el agregado social" (MARTÍNEZ, 1976: p. 75). Luperón lo calificó de "ciudadano respetable"; Federico Henríquez y Carvajal, de "patriota inmaculado". Para Eliseo Grullón fue "un dominicano vaciado en el molde de los patriotas austeros", y "un astro de primera magnitud" para Arístides Grullón. Luis M. Castillo lo llamó "ilustre ciudadano" (en BONÓ, 1980). Pedro María Archambault a su vez lo califica como "el dominicano más preclaro de su tiempo" (ARCHAMBAULT, 1981).

Médico, abogado, sociólogo, novelista, articulista y ensayista. Dedicó toda su erudición a enumerar los males sociales y a proponer sus enmiendas; para él era primordial la construcción del bien social del país. Ocupó importantes puestos y en cada uno de ellos dejó la impronta del hombre honesto y pulcro.

Como escritor, fue uno de los que más profundamente penetró en los problemas básicos de la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX. En 1856 dio a conocer su novela "El Montero"; en 1857, "Apuntes para los cuatro ministerios de la República"; en 1881, "Apuntes sobre las clases trabajadoras". Fue además un fino articulista en la prensa del Cibao. Su principal amor era lo social y lo comunitario, temas a los que supeditó su expresión literaria y por los que medía a los demás intelectuales: "criticó duramente a los escritores que se preocupaban más por los aspectos formales de la literatura, que por la pintura realista de los problemas sociales" (VICIOSO, "Pedro Francisco Bonó", p. 18).

Nadie como Bonó se interesó tanto por las cotidianidades del entorno rural. Lo que a otro pareció nimiedad, en él adquirió dimensión. Lo que otro no alcanzó a ver, en Bonó se hizo evidente. Su mirada sociológica recogió la humilde unidad familiar que se dedica a coser árganas y serones iluminada por un hacho de cuaba. Se fijó en el recuerdo que vence la fría noche, el camino enlodado y el río crecido, para conducir la carga a su fin. Recreó

al decidido hombre comunitario que poda los alrededores del camino, que cambia puntales y tapa goteras en su rústico bohío, so pena de dormir al aire libre. Su erudición se aplanó para referirse al arroz que se pule en pilón, a la manea con que el campesino impide que la vaca patee el cántaro mientras la ordeñan.

Bonó dedicó toda su existencia a la brega por mejorar el espacio rural cibaëño. En esa titánica labor no desmayó ni un instante. Llevó su lucha a todos los escenarios posibles; predicó desde el senado, desde ministerios, desde la prensa y desde su propio ejercicio de la agricultura. Mantuvo un pie en la prédica y otro en la práctica. Por eso pudo identificar los cuellos de botellas que se debían enfrentar para lograr encausar el país por mejores senderos.

II

Para la última mitad del siglo XIX la economía del país estaba básicamente fundamentada en el corte de madera en el Sur, el hato en la región Este y el cultivo del tabaco en el Cibao. Mientras el pensamiento conservador predominaba entre madereros y hateros, el liberalismo económico provocaba profundas huellas en los tabaqueros del Cibao, grupo del que Bonó era un auténtico representante.

Bonó tenía bien claro que la salida económica del país no podía fundamentarse en el hato y en el corte de madera, oficios que por razones estacionales alternaban el trabajo con el ocio. Era de opinión que para enrumbar el país por sendero de progreso se debía estimular la agricultura, apostando personal y principalmente por el cultivo del tabaco, cuya producción se empeñó en promover.

El tabaco está íntimamente ligado a nuestros orígenes económicos. A juicio de Bernardo Vega, "Junto con el conuco y el cazabe, el tabaco constituye la herencia económica más importante que nos dejaron los tainos" (en Eme-Eme, Vol X, no. 57, p. 18). Pero por ello mismo también está ligado a nuestros vaivenes políticos. Así, por ejemplo, las despoblaciones de Osorio ocurridas en 1605-1606 conllevaron la eliminación de grandes extensiones

del cultivo en las costas norte y oeste de la isla. Ya en los primeros años de la República la llamada Guerra de los Seis años, enmarcada dentro del conflicto dominico-haitiano, habría de afectar la producción agrícola. Sir Robert Schomburgk, primer Cónsul inglés, refería en una carta fechada el 2 de diciembre de 1850: "La guerra de los seis años en la cual ahora están envueltos, buscando resistir el esfuerzo haitiano... ha reducido sus recursos y convertido a miles de trabajadores en soldados útiles" (VEGA, 1999: p. 3). Tal como lo cuenta Schomburgk, durante esa larga confrontación se separó a los hombres de sus predios para hacer de ellos soldados, lo que disminuyó drásticamente la agricultura y obviamente al tabaco. Similares consecuencias tuvo la Guerra de la Restauración, pues toda la energía productiva hubo de ponerse al servicio de la nación.

Bonó definía al tabaco como el motor que pone en movimiento la pequeña agricultura. En sus escritos aconsejaba a los agricultores que desdeñaran las llamadas juntas², porque eran grupos de retozones y holgazanes, que devoraban en dos o tres días la comida de meses de una familia; además, el resultado era un trabajo de mala calidad que daba "un tabaco mal apartado, peor enmanojado, muy húmedo, muy sucio..." (BONÓ, 1980: p. 198).

Para neutralizar las juntas, proponía a las personas envueltas en la comercialización de la hoja que avanzaran dinero a los agricultores, el cual sería descontado al momento de la cosecha. Argüía que el comerciante tenía su capital asegurado en el predio

2 Era costumbre la realización de juntas o convites para la ejecución de trabajos en común. Cuando un agricultor tenía labores muy tediosas que requerían un rápido terminado, y carecía de dinero para pagar jornales, recurría a otros compañeros. Terminada la labor, él quedaba comprometido a devolverle la ayuda cuando sus vecinos organizaran otros trabajos colectivos. En este sentido las juntas cumplían un papel socializador, hacían entender que se necesitaban el uno al otro, que unidos podían realizar grandes labores a bajo costo. Sin embargo, no era menos cierto que muchos iban a ellas a "cherchar"; y entonces, en lugar de agrupar en la faena a hombres laboriosos, la junta se convertía en fiesta de holgazanes y cuentistas que no realizaban bien la tarea fijada. Se volvía así antieconómica, porque lo invertido no superaba el valor de lo logrado finalmente. A este último aspecto era que se refería Bonó.

de cada tabaquero. Con ese dinero adelantado cada dueño de finca podría pagar jornales y de esa manera exigir calidad en la siembra, en la cosecha, en la clasificación de la hoja y en el empaque. Refiriéndose a estos beneficios decía: "Es difícil enumerar las ventajas de estos avances, la soltura que dan a los trabajos de todo género y el desahogo en que mantienen a la población en general" (Bonó, 1980: p. 197).

Como partidario del liberalismo económico, alababa a aquellos tabaqueros progresistas que recolectaban sus hojas y que luego procedían a las labores de la post-cosecha para su clasificación y posterior salida al mercado. Para Bonó el tabaco "es y será el verdadero Padre de la Patria... la base de nuestra infantil democracia" (Ibíd, p. 199). Por eso recomendaba a los gobiernos que estimularan su producción, pues este cultivo se mostraba como generador de equilibrio político y económico. Además, propulsaba colateralmente la industria del tejido de guano, la cual implicaba a una gran cantidad de personas que de otro modo permanecerían cesantes: "Comunidades enteras están ocupadas en ellos [recolección de las pencas y los tejidos de guano]... hay miles de hombres, mujeres y muchachos ocupados. Arganas, enjalmas, macutos, escobas, zurriones o capachos... a la lumbre de un hacho de cuaba toda la familia del bohío se agrupa, son muchas las empleitas que se tejen o se cosen..." (Bonó, 1980: p. 197).

Detrás de la industria del guano, decía, estaba la industria textil: "Por ella tenemos todas las cuerdas que la sociedad necesita, sobre todo las empleadas en enfardelar, unir, apretar y transportar las cargas. Cinchas, sobrecargas, atarrias o gruperas, lazos, bozales, jáquimas, maneas, sueltas, hilos de enseronar, hamacas, cordeles o sogas de andullos, de pozo, unideras..." (Bonó, 1980: p. 197).

Enaltecía asimismo la industria del andullo por ser generadora de empleos. A juicio de Bonó, el andullo representaba para la época la quinta parte del peso del tabaco en rama que se exportaba. Recuas de mulos distribuían los andullos por todo la isla, incluyendo Haití, donde su uso tenía muchos adeptos.

Recordaba además que el tabaco era materia prima de la industria del cigarro, la cual había experimentado para 1887 un proceso de mejora sustancial que le había permitido sustituir los cigarros producidos por fábricas extranjeras de renombre (Ibídem, p. 200). Enfatizando el valor del trabajador dominicano, de su capacidad de superación siempre que se diera un mínimo de circunstancias favorables a su trabajo, afirmaba: “el taller de la industria del tabaco va adquiriendo perfeccionamientos que muestran a las claras lo que las clases trabajadoras progresan...” (Ibídem, p. 200).

III

Todo lo que contribuía a mejorar el agregado socio-rural mereció la atención de Bonó; de ahí que una de sus preocupaciones permanentes fuera la situación de los caminos. Bonó había viajado por muchos países y se había dado cuenta de que el progreso no se mueve por trillos, que la economía necesita de caminos y carreteras para su movilidad. El país estaba realmente incomunicado. En palabras de José Ramón Abad citadas por Bosch:

“Los caminos que hay en la actualidad [1880] son simples trochas abiertas a través de los bosques, o hechas entre las montañas, o trillados laberintos por la sabana. Cuando, en algún lugar la necesidad obliga a transportar por ellos los frutos, es sacrificando una buena parte del valor de los mismos, en calidad y en precio, lo que apareja una pérdida efectiva en la riqueza nacional” (en BOSCH, 1986: p. 55).

La descripción que ofrece José Ramón Abad para 1880 es muy similar a la que proporciona Bonó un año después:

“Nuestros caminos, en buena definición, no son caminos: los vecinales son veredas; los de sabanas, carriles del ganado; y los denominados reales, son pasajes innominados en los que ni Rey ni Roque han puesto un dedo” (BONÓ, 1980: p. 206).

Seis años antes de morir Bonó, es decir, en 1900, la situación era todavía la siguiente: “Tres días y dos noches tomaba entonces cruzar los pantanos; las serranías y los ríos entre la capital y Bonao... y otras tres horas consumía el viaje entre Santiago y La Vega” (MOYA PONS, 2000, p. 14)

Hombre sabio y justo, Bonó reconoció las iniciativas de muchos dominicanos que habían construido, reparado y reacondicionado algunos caminos con sus propios aportes³. Entre ellos cita a su amigo Ulises Francisco Espaillat, quien hizo la amplia calzada de El Egido de Puerto Plata; al presbítero Dionisio Moya, que reacondicionó el camino de La Vega a Santiago; a Furcy Fondeur, por ocuparse del que iba de Santiago al Limón; a Federico Finke y Alfredo Deetjen, quienes hicieron lo propio en Montecristi; a José María Silverio y José Manuel Glas por realizar adecuaciones viales para fines de dar salida al excedente de producción en Estero Balza y Samaná, respectivamente; y al ciudadano Gregorio Riva, por llevar el esfuerzo “hasta la fuerza máxima dominicana”, ya que no sólo se limitó a ensanchar un camino, sino que abrió una línea de navegación fluvial y fundó el pueblo del Almacén del Yuna (BONÓ, 1980: p. 206-207)⁴.

Ante el estado calamitoso de la situación vial, propuso a los gobernadores que hicieran reparar los caminos de sus respectivas jurisdicciones, mediante orden a los jefes comunales y alcaldes pedáneos para que con sus gentes repararan de manera gratuita los

3 La prédica por mejorar nuestros caminos tenía otros defensores además de Bonó. Por ejemplo, Javier Guridi abogó por la construcción de un camino de hierro entre la capital y Puerto Plata. En la Gaceta Oficial No. 93, del 2 de julio de 1860, aparece en un artículo titulado Observaciones sobre Nuestros Caminos. Distintas opiniones al respecto circularon a través de los periódicos durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Ver por ejemplo: El Orden de Santiago, No. 11, septiembre 1861; El Porvenir de Puerto Plata, No. 29, de 1873; El Eco de la Opinión, octubre de 1880. Leer también Papeles de Espaillat –Para la historia de las ideas políticas de Santo Domingo, Las Dictaduras Dominicanas de Juan Bosch, y Siglo XX Dominicano, una publicación de CODETEL del año 2000.

4 Antiguamente se llamaba sección Río Abajo, más tarde se convirtió el Almacén del Yuna, y por último, para honrar al ejemplar ciudadano Gregorio Riva, se le dio el nombre de Villa Riva,

correspondientes a sus comunidades y secciones. Recomendaba además que los hombres con sus sables podaran los árboles y arbustos de los alrededores a fin de darles visibilidad y airearlos.

Bonó soñaba con ver el país intercomunicado por trenes y ferrocarriles. Sueño compartido también con Javier Angulo Guridi, quien, para esos años, expuso en el Ayuntamiento de Santiago la conveniencia de unir la capital y Puerto Plata por un camino de hierro. No obstante, Bonó reconocía que las vías férreas estaban muy por encima de las necesidades, capacidades y fuerzas de la nación en ese momento. En primer lugar, respondían más que nada a las necesidades del propio capital internacional que comenzaba a afincarse en el país, y en el cual percibía Bonó potenciales y efectivos daños para la independencia laboral y económica de la fuerza productiva nacional. En segundo lugar, el proyecto de raíles implicaba enormes costos económicos con los que no contaba la República, pues requería la realización de trabajos de nivelación necesarios en nuestras tierras de topografía irregular y montañosa. En tercer lugar significaba prácticamente una nula transferencia de conocimientos, pues, a falta de una contraparte dominicana adecuada, el proyecto sería completamente financiado, diseñado intelectualmente y dirigido en su ejecución por extranjeros que, además del beneficio que sacarían del negocio, demandarían algún otro oneroso favor a cambio. Citamos:

“No cuenta los negativos centros de negocios que hoy el país posee, para la actividad devorante de un camino de hierro; ni los gastos de una nivelación en la llamada Haití o Tierra Alta; ni los de puentes, vigas, raíles y personas competentes; el extranjero lo sabrá, él que lo sabe todo, debe saberlo; caminos mejores no son negocios nuestros, pertenecen en absoluto al extranjero, y el dominicano sólo debe estar listo en servirle de peón en los trabajos más recios. El extranjero dará el dinero, la ciencia, los productos, el reposo público que estas obras necesitan, todo lo dará con tal que el Gobierno se tome la molestia de avisarle. Aun no se han perdido en los aires los ecos del clamoreo cuando se presenta un empresario, inglés, francés, norteamericano, y se compromete a hacer el ferrocarril si le conceden éstos y lo otro.” (Bonó, 1980: p. 208).

Nuestro Bonó tenía los pies sobre la tierra. Sabía que el país no podía embarcarse en esos proyectos, y que hasta le resultaría difícil el trazado de nuevos caminos y carreteras rectas y asfaltadas. Por eso se limitó a reclamar el mantenimiento de lo que llamó caminos verdaderos, es decir de los que ya existían para la época. Pedía encarecidamente al Estado que los reparara y los mantuviera acondicionados, que tuviera en cuenta la importancia económica que significaban. Lamentablemente, Bonó murió sin ver carreteras en el país.

IV

Bonó le dedica hermosas páginas a la cría de las bestias, que para la época era el instrumento de transporte. Alababa la pericia que habían alcanzado los cibaños en la cría de los caballos de paso fino. El cibaño, dice, "doma un caballo como cualquiera de los más entendidos en el ramo" (Ibídem, p. 201). Recomendaba que como no había coches ni vehículos de ruedas, se debía educar los caballos de tiro para mejorar los viajes.

Demuestra en sus escritos un profundo conocimiento de la vida rural dominicana, decía que el caballo de moda era el de paso picado, por lo cómodo y apetecido por damas y caballeros; sin embargo advertía que por ser un paso muy forzado, el caballo de paso picado era proclive a padecer de esparaván⁵.

Cuenta que la cría de caballo de silla era muy popular en el Cibao, pero que a medida que se encendieron las revoluciones, el negocio decayó debido a que los revoltosos tomaban los caballos a nombre de la revolución y no los devolvían más, significando esto la ruina de muchos criadores.

Bonó, más que describir, retrata al recuero, al hombre humilde capaz de vencer la noche, el camino enlodado, vadear el río cre-

5 Esparaván es una enfermedad que afecta a las bestias, causado por traumatismo debido a golpes, exceso de cargas, o por ser sometidos a largos trayectos. Produce fuertes dolores en los tendones de las patas delanteras. Como consecuencia, el animal se cansa y se le imposibilita rendir a causa de los dolores.

cido para cumplir con su trabajo: trasegar la mercancía. El medio usado para transportar los productos era la recua, de ahí la importancia que tenían estos hombres para la economía nacional.

Estos peones que se desempeñaban como arrieros o recueros eran hombres diestros en el manejo de cargas pesadas (café, cacao, tabaco), frágiles (cristalería) y de las que requerían ciertas precauciones para evitar su deterioro o adulteración (casabe, azúcar). Refiere Bonó que “Tongadas de planchas de hierro galvanizado de dos varas de largo de hojas afiladas y puntas agudas las transporta al través de lomas y precipicios; lozas, cristalerías, armarios, muebles de todas dimensiones, llegan intactos al lugar de su destino”. Refiriéndose a la seriedad con que el arriero realizaba su labor, decía: “Sus cargas son para él cosas preciosas, que defiende con energía de choques, de caídas, del fuego, del agua y de todo riesgo” (Bonó, 1980: p. 202).

Tal como lo recalca Bonó, los arrieros eran hombres decididos y de pericia reconocida. Un buen arriero arreglaba las cargas en el camino, tal como dice el refrán y rezan los versos del decimero Agustín Puig:

No impoita que faite aigo
Pá llegai a tu detino;
La recua sale, y la caiga
Se arregla en el camino

Los recueros⁶ eran hombres intrépidos, que vencían caminos largos, imbricadas cuestas: acostumbrados al rigor del sol, noches

6 Muchos de nuestros políticos fueron recueros en sus años mozos. Tales son los casos de Horacio Vásquez, Mon Cáceres y Desiderio Arias. En el caso de Arias, nacido en Muñoz, Puerto Plata, se acercó desde muy joven en Montecristi, desde donde recorrió por varios años todos los rincones del noroeste al frente de una recua de mulos y burros, transportando mercancía al servicio de la famosa “Casa Jimenes”, propiedad de Juan Isidro Jimenes, líder de los bolos por antonomasia. En cuanto a la recua de Mon Cáceres, dice Bosch en su obra *Artículos y Conferencia*, Editora Corripio, Santo Domingo, 1983, pág. 115: “A Mon le tocó organizar un negocio de recua de caballos para comunicar a Moca con otros puntos, especialmente con Santiago y Puerto Plata. Puerto Plata era el puerto por el cual se

oscuras, a los días lluviosos. Decía Bonó que “al arriero cibaño no le espanta, ni el peso de las cargas, ni su forma y volumen, su inventiva hace reducciones, envoltorios y arreglos increíbles para llenar su cometido con las solas fuerzas de que dispone” (Ibídem).

Recuerda asimismo que el tabaco producía tanto movimiento económico, que a pesar de la abundancia de recua que poseía el Cibao, cuando se iniciaba la cosecha, los tabaqueros se veían en la obligación de “hacer pedidos a otras provincias para completar y reemplazar las bestias, que un servicio tan activo abate o destruye” (Bonó, 1980: p. 204). “Estos pedidos —decía— son los que más alientan la industria de los ganaderos lejanos, que habitando tierras impropias para la agricultura, si no se le dan enmiendas o siquiera labores previas viven aún de la industria fácil pastoril” (Ibídem). Calculaba que las recuas transportaban a puestos de embarque alrededor de unos 100,000 quintales de tabaco, 2,000 de cacao, 5,000 de café, 5,000 de cuero, entre otros productos. Además aseguraba que las recuas movían entre 450,000-500,000 quintales de

embarcaban los productos del Cibao que se vendían en Europa y Estados Unidos, sobre todo el tabaco que se vendía en Alemania, en Francia y en Holanda”.

Las recuas no sólo transportaban mercancías, también acarrearaban de un pueblo o región a otra las penas por el amor imposible, las décimas y los acontecimientos más sonados. A ellos también se les debe el nombre de muchas comunidades como Los Ranchos, Sabaneta Navillo, Pata de Vaca, Puerta del Mulo.

Las recuas dejaron muchas anécdotas, algunas de las cuales persisten en el recuerdo de hombres seniles. Una de ellas cuenta que un recuero, después de depositar la carga en su destino final en un pueblo vecino, quiso divertirse en una fiesta que allí se realizaba, amenizada por un experto tañedor de cuatro. De inmediato invitó a una bella joven de piel clara a bailar, pero ella adujo estar indispuesta. Poco después la vio animosamente bailar con alguien. Entendió el joven que el rechazo se debió al color de su piel. Entonces, entendido en tañer el cuatro, lo tomó prestado y al ritmo del rústico instrumento, cantó:

Si ei negro te causa epanto

no le muetre tu nobleza,

de negro viten la iglesia

ei jueve y ei vieine santo.

De negro ponen ei manto

en aquei sagrado aitai;

poique de negro ha de tai,

jata ei sábado a su hora,

y pa entrai a la gloria

to somo de un iguai

mercancía; lo que a su juicio representaba una renta promedio de RD\$400 mil pesos de la época (Bonó, 1980: p. 205).

V

El 22 de mayo de 1876, el entonces presidente Ulises Francisco Espaillat designó a Bonó como Comisionado Especial de Agricultura para la provincia de La Vega⁷. El 3 de junio del mismo año Bonó le informaba al presidente Espaillat la situación de la agricultura en dicha provincia, donde el principal rubro que producía la común además del tabaco, era el arroz. El principal defecto de esta producción radicaba en la mala mezcla o cruce de las diferentes variedades de semillas que los agricultores, sin los debidos conocimientos técnicos, hacían. Esto daba como resultado “un producto de sabor terroso, de color rojo o carriaco que por el modo de privarlo de su cáscara, además de pulverizarlo lo hace de difícil digestión” (Bonó, 1980: p. 155).

Otro problema que encontró el comisionado Bonó fue que el arroz se molía a pilón, método que aumentaba el costo del cultivo en un 50%. Así se lo hizo saber al presidente Espaillat (Ibídem), a quien solicitó “un descascarador movido por fuerza muscular”, empeñado como estaba en que el cereal fuera de mejor calidad y llegara con un costo más asequible al consumidor. Imbuido en la fe del desarrollo del país, en lugar de pedirle al Estado que cubriera el costo de tal implemento, él mismo se dispuso a asumirlo, conviniendo en pagarlo

“con la tercera mensualidad que me corresponde, y el anticipo de la cuarta, con 10 barriles de arroz en cáscara del americano, veinte botellas de semilla de tabaco del que el Gobierno crea que deba cultivarse y cuatro barriles de cacao Caracas o Guayaquil que sirvan para el plantío.”

(Bonó, 1980: p. 156).

7 Además de Bonó, Espaillat nombró otros comisionados: Emiliano Tejera en Santo Domingo, Máximo Grullón en Santiago, José María Cabral en Azua, José Morel en el Seibo, Manuel Castellano en Puerto Plata y Gregorio Riva en Samaná. Riva fue el precursor del cultivo de coco en Samaná, y Bonó lo fue del arroz y el cacao en el Nordeste.

Lo anterior pone de manifiesto la calidad humana de Bonó y su entrega por el desarrollo del espacio rural cibaëño. Era capaz de sacrificar su salario y parte de sus haberes en pos de la mejora de la productividad local. Por eso duele el olvido a que ha sido sometido. Su labor como comisionado especial duró muy poco; el gobierno de Espailat apenas se mantuvo por unos meses.

Al llegar a la presidencia, Fernando Arturo de Meriño le solicitó informaciones agrícolas de San Francisco de Macorís. Bonó preparó un extenso informe que le hizo llegar en dos cartas; una el 12 de diciembre de 1880, y la otra en fecha del 5 de mayo de 1881. En ese documento puso al desnudo el conocimiento que tenía de la jurisdicción donde le tocó vivir sus últimos años. Primeramente comenzó a describir la Sabana de San Diego⁸, la cual,

-
- 8 La sabana de San Diego lleva ese nombre en honor a Diego Leguisamón, importante ganadero de Montecristi y Yaguana. Ocurridas las devastaciones de 1605-1606, se le permitió trasladarse con sus reses al Nordeste, en lugar de ser ubicado en las nacientes comunidades de Monte Plata o Bayaguana. Fue así como instaló un hato en Bijao, otro en Mirabel y el más importante en la hoy Sabana de San Diego. Esta sabana está ligada a la historia contemporánea de San Francisco de Macorís, porque allí las tropas interventoras asesinaron al General Níco Ventura. El General Juan Nicomedes Ventura, alias Níco, nació en San Francisco de Macorís en 1882, y fue asesinado por los invasores norteamericanos el 2 de diciembre de 1916, en la Sabana de San Diego. Níco estaba organizando una ofensiva contra los interventores. Las armas y las municiones para el levantamiento estaban en poder de un compadre suyo de apellido Luna que vivía en Mirabel. Caído Níco, Backlaw trató de apoderarse de las armas. Pero a pesar de las torturas, no pudo conseguir el lugar donde el patriota de Mirabel las escondía. Backlaw se enteró de que Luna tenía un hijo que vivía en la capital, y hasta su morada capitalina se trasladó el hábil militar, a fin de ofrecerle un empleo si conseguía con el padre el lugar donde escondía las armas. Varios viajes dio el hijo, pero su progenitor siempre respondía con evasivas. Tanto insistió que una tarde el padre le confesó bajo juramento de mantener el secreto el sitio donde escondía las armas. Al otro día, el General Backlaw y un grupo de milicianos pasaron frente a la humilde vivienda de Luna con el alijo de armas. Luna se colmó de cólera y se indignó aún más cuando vio a su hijo partir alegremente con Backlaw y algunos militares, precisamente los mismos que días antes lo habían torturado. Después que Backlaw y su soldadesca se marcharon, Luna buscó su afilado machete y se cortó una vena de la mano derecha. Cuando el hijo se dio cuenta de que se desangraba, quiso llevarlo al médico, a lo que él resueltamente se negó diciendo: "Esa sangre que cae al suelo es la tuya, ya no eres mi hijo. Los patriotas no podemos tener hijos traidores."

dice, es la más bella del mundo; le hace saber que la parte en donde abundan malezas como pajón, maicoté y grama, se dedica al ganado; mientras que la parte de los montes, muy fértil, está sembrada de plátano, caña dulce, yuca y maíz y frutos típicos de la zona tórrida. Como ejemplo de fertilidad, le cuenta que “en el plantío de maíz que hice en el año 1877, sembrado en el mes de septiembre [no el mejor para la siembra de ese producto], todos los pies me produjeron dos mazorcas, de las cuales muchas tenían cuatrocientos granos” (Bonó, 1980: p. 259).

Referente al cultivo del plátano, le contaba: “En otro conuco que dediqué a plátanos... los racimos de la especie llamada aquí hembras largas, daban 90 y hasta 120 plátanos” (Ibídem). Aunque esas tierras eran muy fértiles, le aclaraba que al norte y nordeste de San Francisco de Macorís el suelo era mucho más benigno, tanto así “que los platanales puede decirse que son eternos” (Ibídem); es decir, tan rico era el suelo, que no había necesidad de renovar la plantación. Se cultivaban con éxito yuca, frijol, maíz y ñame.

En el referido informe Bonó destacaba que los cultivos más importantes para entonces, eran arroz, cacao y tabaco. En cuanto al arroz decía... “los arrozales se siembran a orillas de la sabana donde viene tan bien como el pajón que las cubre” (Bonó, 1980).

Bonó le dedicaba especial interés al cultivo del cacao; afirmaba que se cultivaba desde muchos años atrás, y que semejaba una montería. En cuanto a las especies, aseguraba que había “mazorcas amarillas, moradas, grandes, medianas y chicas” (Ibídem). Del tabaco que se cultivaba en San Francisco de Macorís señalaba que era de inferior calidad, a consecuencia de que los suelos son muy lavados por constantes lluvias; “no tiene la energía de los tabacos de Moca para abajo” (Ibídem, p.260). Consideraba que la hoja del tabaco de San Francisco de Macorís era muy suave, en tanto que el propio tabaco era menos amargo y gozaba de adquirir más temprano que los de otras regiones su aroma perfecto.

A pesar de que Bonó no lo menciona, lo cierto es que el café era un cultivo muy importante en La Vega y en San Francisco

de Macorís, si tomamos en cuenta la extensión cultivada para entonces en ambas provincias. Félix Ramón Olivares, en su libro *Caficultura y Legislación en el Siglo XIX*, (p. 181), refiere que para 1874 había en La Vega 139 fincas de café, mientras que en San Francisco de Macorís existían 203 fincas.

Es fuerza concluir diciendo que realmente Bonó era un gran observador y conocedor del medio rural, pues el tabaco del Nordeste y el Cibao subcentral es realmente de inferior calidad para la industria del cigarrillo. Sin embargo, no fue sino un siglo después (1982) que la Secretaría de Estado de Agricultura prohibió su siembra en San Francisco de Macorís, La Vega, Cotuí, Bonao y Moca, reconociendo que sus suelos no son aptos para dicho cultivo.

A pesar de que Bonó no lo menciona, lo cierto es que el café era un cultivo muy importante en La Vega y en San Francisco

Bibliografía

- 1- ARCHAMBAULT, PEDRO MARÍA (1981), *Historia de la Restauración*, Santo Domingo, Editora Taller.
- 2- BONÓ, PEDRO FRANCISCO (1980), *Papeles de Pedro F. Bonó*, Madrid, Academia Dominicana de la Historia, segunda edición.
- 3- BOSCH, JUAN (1986), *Las Dictaduras Dominicanas*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega.
- 4- ----- (1983), *Conferencias y Artículos*, Santo Domingo, Editora Corripio.
- 5- ----- (1977), *Composición Social Dominicana*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega .
- 6- COLLADO, MIGUEL (1993), *Apuntes Bibliográficos sobre Literatura Dominicana*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional.
- 7- LLUVERES, ANTONIO (1977), *Revista Eme Eme*, Vol. V, No. 28.
- 8- LUGO, AMERICO (1952), *Historia de Santo Domingo*, Santo Domingo, Librería Dominicana.
- 9- MARTÍNEZ, RUFINO (1976), *Diccionario Biográfico Histórico*, Santo Domingo, UASD.
- 10- MOYA PONS, FRANK (2000), *Siglo XX Dominicano*, Santo Domingo, CODETEL
- 11- OLIVARES, FÉLIX RAMÓN (1982), *Caficultura y Legislación en el Siglo XIX*, Santo Domingo, Editora Taller.
- 12- RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO (1977), *Lengua y Folklore en Santo Domingo*, Santiago, UCMM.
- 13- ROSARIO CANDELIER, BRUNO (1997), *Lo Culto y lo Po-*

pular en la Poesía Dominicana, Santo Domingo, Universidad Católica Madre y Maestra.

14- VEGA, BERNARDO (1999), *Los Primeros Turistas en Santo Domingo*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana.

15- ----- (1981) "Tabaco e historia" en *Eme-Eme*, Vol. X, No. 57, Nov.-dic.

16- VICIOSO, ABELARDO (1986), "En la fragua de la liberación", en *Política, Teoría y Acción*.

17- VICIOSO, ABELARDO, "Pedro Francisco Bonó", *Política, Teoría y Acción*.